

## II DOMINGO DE NAVIDAD, CICLO B



### MONICIÓN INICIAL

«Y la Palabra se hizo carne y hemos contemplado su gloria». Sí, somos testigos de que en Belén ha nacido un niño, que, envuelto en pañales, es el Hijo de Dios encarnado. Esa es la gloria de Dios, su amor por nosotros desbordado...a su manera. Y ya está entre nosotros y se quedará

para siempre. Él es la luz que ilumina el mundo, la sabiduría de las cosas inexplicables pero presentes y profundas, que solo se entienden desde lo más profundo de nuestras entrañas humanas.

En Él somos llamados a elegir una vida santa y especial, la de quienes le acogen a Él y reconocen y defienden la dignidad de toda persona humana.

### ACTO PENITENCIAL

—Tú, que eres la sabiduría eterna de Dios. *Señor, ten piedad.*

—Tú, que eres la Luz verdadera que ilumina a toda persona humana. *Cristo, ten piedad.*

—Tú, que has echado raíces en tu pueblo. *Señor, ten piedad.*

### LECTURAS

*Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12*

*Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 (R.: Jn 1, 14)*

*Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18*

*Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18*

### MENSAJE PARA LA COLECTA

En este segundo domingo de Navidad se nos invita a ser cauce del torrente del agua viva que estamos saboreando en este tiempo de alegría y celebración.

Acoger la experiencia de salvación, compartirla con los demás para entretejernos como comunidad y familia humana. En este primer domingo de mes, os invitamos a transmitirla también siendo generosos en esta colecta, que hoy está destinada a Cáritas para ayudar, en nombre de nuestra comunidad cristiana, a las personas más vulnerables de nuestro entorno.

## ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos al Señor que nos ilumina diciendo: *Sé, Señor nuestra luz.*

—Por el papa, los obispos y los sacerdotes, para que en lo profundo de su corazón sientan el amor de Dios y puedan compartirlo. Oremos. *Sé, Señor nuestra luz.*

—Por todos los gobernantes de la tierra, para que promuevan leyes que respeten y procuren el cuidado de la vida humana, especialmente de los marginados y olvidados de nuestra sociedad. Oremos. *Sé, Señor nuestra luz.*

—Por todas las personas que dudan de su fe en Dios o en la comunidad de creyentes, para que sepan captar la presencia de Dios en sus vidas. Oremos. *Sé, Señor nuestra luz.*

—Por los cristianos que son perseguidos a causa de su fe y de su compromiso con los valores del Evangelio, para que se sientan arrojados por todos nosotros y nosotras y puedan perseverar. Oremos. *Sé, Señor nuestra luz.*

—Por nuestra comunidad cristiana, para que sepamos tener el corazón y la mente abiertos a las propuestas de Dios, manifestadas y reveladas en las cosas sencillas que nos suceden y en las personas que nos encontramos en el camino. Oremos. *Sé, Señor nuestra luz.*

## REFLEXIÓN

El comienzo del Evangelio de San Juan nos muestra una impactante novedad: el Verbo eterno, el Hijo de Dios, «se hizo carne» (v. 14). No sólo vino a vivir entre la gente, sino que se convirtió en uno del pueblo, iuno de nosotros! Después de este acontecimiento, para dirigir nuestras vidas, ya no tenemos sólo una ley, una institución, sino una Persona, una Persona divina, Jesús, que guía nuestras vidas, nos hace ir por el camino porque Él lo hizo antes.

San Pablo bendice a Dios por su plan de amor realizado en Jesucristo (cf. *Efesios* 1, 3-6; 15-18). En este plan, cada uno de nosotros encuentra su vocación fundamental. ¿Y cuál es? Esto es lo que dice Pablo: estamos predestinados a ser hijos de Dios por medio de Jesucristo. El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos a nosotros, hombres, hijos de Dios. Por eso el Hijo eterno se hizo carne: para introducirnos en su relación filial con el Padre.

Así pues, hermanos y hermanas, mientras continuamos contemplando el admirable signo del belén, la liturgia de hoy nos dice que el Evangelio de Cristo no es una fábula, ni un mito, ni un cuento moralizante, no. El Evangelio de Cristo es la plena revelación del plan de Dios, el plan de Dios para el hombre y el mundo. Es un mensaje a la vez sencillo y grandioso, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué plan concreto tiene el Señor para mí, actualizando aún hoy su nacimiento entre nosotros?

Es el apóstol Pablo quien nos sugiere la respuesta: «[Dios] nos ha elegido [...] para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (v. 4). Este es el significado de la Navidad. Si el Señor sigue viniendo entre nosotros, si sigue dándonos el don de su Palabra, es para que cada uno de nosotros pueda responder a esta llamada: ser santos en el amor. La santidad pertenece a Dios, es comunión con Él, transparencia de su infinita bondad. La santidad es guardar el don que Dios nos ha dado. Simplemente esto: guardar la gratuidad. En esto consiste ser santo. Por tanto, quien acepta la santidad en sí mismo como un don de gracia, no puede dejar de traducirla en acciones concretas en la vida cotidiana. Este don, esta gracia que Dios me ha dado, la traduzco en una acción concreta en la vida cotidiana, en el encuentro con los demás. Esta caridad, esta misericordia hacia el prójimo, reflejo del amor de Dios, al mismo tiempo purifica nuestro corazón y nos dispone al perdón, haciéndonos “inmaculados” día tras día. Pero inmaculados no en el sentido de que yo elimino una mancha: inmaculados en el sentido de que Dios entra en nosotros, el don, la gratuidad de Dios entra en nosotros y nosotros lo guardamos y lo damos a los demás.

Que la Virgen María nos ayude a acoger con alegría y gratitud el diseño divino de amor realizado en Jesucristo.

Francisco, *Ángelus* (5 de enero de 2020)